

Bananos y hombres

En las fincas de banano se le guardan más consideraciones a una mata de banano que a un peón.

II

Nochebuena



María Isabel Carvajal
(Carmen Lyra)

Hace tres días llueve sin cesar. El nivel del Reventazón sube y sube. La víspera ha llegado a la finca la orden de corta: mil racimos, slight heavy full.

Todavía oscuro se han levantado los peones. En la lejanía el mugido de la barra del Parismina y entorno de los ranchos el rumor sordo del aguacero sobre los bananales. Se mueven los hombres a la luz de las lámparas y las sombras de sus cuerpos se agitan sobre el espacio iluminado, como jirones arrancados a la oscuridad desolada que los rodea.

Las mujeres se han levantado a preparar el desayuno. Los hombres se toman a prisa y en silencio su burra de arroz y de frijoles que bajan con café. Ya el agua del río comienza a lamer con taimada indiferencia el umbral de los ranchos.

Salen del caserío chapaleando agua y se internan entre la despiadada humedad de los bananales.

Una mañana lívida los sorprende en el corazón de las plantaciones, los cortadores con la larga chuza al hombro, los concheros con aquel su atavío de hojas secas de banano que les da el aspecto de bailarinas hawainas. Sigue lloviendo. Hay partes en donde el agua llega a la rodilla de los más altos.

En su faena tienen que recorrer kilómetros, mirando hacia arriba en la búsqueda de los racimos que tienen el grado requerido. Llevan guaro contrabando y beben. La propaganda antialcohólica es algo sin sentido en esos lugares.

Este Juancito Sandino, no debe estar bien. Ya ha tenido que salir dos veces a San José a curarse el

paludismo en el hospital. Pero ahora la cosa anda peor: dos hemorragias pulmonares. Juancito Sandino es un muchacho nicaragüense de unos veinticuatro años lo más, muy simpático, felino, con unas maneras dulces, como de seda cuando está bueno, de las que saca cuando se emborracha, unas garras de tigre. Su guitarra y él han sido inseparables y su voz agradable de barítono y las canciones ingenuas y amorosas que sabe, han alegrado muchas veladas tristes y muchas parrandas salvajes en aquellas soledades. Es conchero y ha sido famoso por su aguante.

Y ahora el pobre quiere tener las mismas fuerzas de antes. Va con uno de los cortadores más hábiles y tiene que moverse mucho para dar a basto. Da pena verlo con su cara febril bajo el viejo sombrero de fieltro que chorrea agua. Las hojas secas penden de los tallos como harapos sucios y las chiras rojas hacen pensar en corazones que cuelgan a la intemperie.

Van y vienen los cortadores y los concheros; caen los tallos y el racimo es recibido con todo mimo y depositado con el mayor cuidado en ordenados montones a lo largo de la línea del tranvía, en los mejores sitios. Los peones que no tienen guaro y están sedientos, se inclinan a la pasada y beben en los charcos. ¡Qué cuento de parásitos intestinales! Da risa pensar en el Ministro de Salubridad Pública que anda en un Congreso de cuestiones de higiene que se celebra en los Estados Unidos. A saber si muchos de los señores que asisten a dicho Congreso tienen acciones de la "United Banana Co." ¿Qué puede importar el trabajador a los accionistas? Lo que importa es que cuando haya demanda haya fruta y que suban las acciones.

Llega el turno a los carreros.

Sigue lloviendo. Bueno, cuando llegue la noche, será Nochebuena. Sí, estamos a veinticuatro de diciembre.

Hay que cargar con todo primor

la fruta para que no se maaltrate. Les hacen lechos de hojas en las pequeñas plataformas de madera montadas sobre ruedas. Restalla el látigo, la mula endereza las orejas y parte a través de los bananales interminables con la preciosa carga. El agua cubre los rieles, pero como se saben de memoria los switches, eso no importa. En cada uno hay que bajarse para levantar y acomodar el carro en la vía que debe tomar. En una de esas Pancho Ortega se ha dado un fuerte golpe en una rodilla, tan fuerte que ha tenido un pequeño desvanecimiento. ¿A qué pensar en eso? Acaso vale más su rodilla que el banano de la "United Banana Co?"

Cada vez al llegar al comisariato del Carmen, beben. ¡Qué borrachos están! Allí lejos, en las ciudades, los filántropos pueden hacer toda la propaganda antialcohólica que a bien tengan. La Compañía tendrá cuidado de tener en sus comisaratos siempre una buena provisión de aguardiente. Sin el guaro, qué vida más aburrida sería la de los peones.

¡Nochebuena!

Nadie se acuerda allí de que en esa noche se celebra el recuerdo de Jesús, quien dicen vino a salvar este mundo del pecado.

A las nueve están de vuelta los carreros. Han rechazado la fruta... No tenían el grado pedido.

Claro que sí lo tenía, pero había exceso de fruta en los mercados de los Estados Unidos y de las alturas vino la orden de rechazar la fruta. Un costarricense yanquizado de ésos que creen que hablar inglés es una gran cosa, recibió dicha orden y se apresuró servil a trasmitirla.

Los cortadores perderán todo su trabajo, ¿Maldita sea? No, ya ni maldita sea dicen... Es tan corriente...

Los bananos pierden toda su importancia y allí quedan tirados en la oscuridad, bajo el agua que sigue cayendo.

En el rancho de Pedro Montiel han preparado unos tamales. Ahora el río ha subido tanto, que corre sobre el piso de los ranchos. Los convidados se han acomodado en las camas, en la mesa, en todo cuanto está elevado. Han improvisado puentes para llegar hasta el fogón en

Pasa a la página 4